

Profesionalización política, moralidades y reconocimiento en el Gran Buenos Aires, 1991-1999¹

Por Sabina Frederic*

(UNQ-CONICET)

Resumen

Este trabajo analiza modos de evaluación del comportamiento político como condición efectiva de un proceso de profesionalización de la política. Observa, principalmente, la manera como el proceso de desvalorización de los militantes políticos, estimulado por el Proyecto Lomas y la militancia social introducida por medio de éste, coexisten en un municipio del Gran Buenos Aires durante los años 1990. Pretende mostrar que la tensión, oposiciones y relaciones conflictivas entre líderes, seguidores y vecinos son prácticas sociales que constituyen, cada una, modos de la militancia, expresando el problema de la regulación del *crecimiento político*. Básicamente, demuestra que el reconocimiento es el mecanismo que constituyó la política por medio de evaluaciones morales de personas con talento para “entrar en política”, concebida como un campo jerárquico. En Lomas de Zamora, el reconocimiento se presenta como un lazo personal entre una persona investida con la habilidad de conferir prestigio y autoridad y aquellos que buscan consagrarse. Todo lo cual permite avanzar en un enfoque sobre los procesos de profesionalización ni teleológico, ni normativo, disociándolo de ideas tales como “mayor especialización” o “mayor objetivación de los saberes” y orientado a establecer las condiciones que establecen tendencias y/o criterios de pertenencia, acceso, expulsión, entre otros.

Palabras clave: Militantes, - Reconocimiento – Moralidad – Sucesión - Profesionalización política.

Summary

This work analyzes ways of political behavior evaluation as the condition of political professionalization. Mainly it focuses on how political militants devaluated by the *Proyecto Lomas*, and social militants introduced by it, coexisted in a Greater Buenos Aires Municipality during 1990' decade. It attempts to show that opposition, conflictive relationships and tensions among leaders, followers and neighbors are social practices which constituted, ways of militancy, expressing the problem of 'political growing' regulation. Basically this article demonstrate that recognition was the instrument that defined politics throughout moral evaluations of persons with talent for “going into politics”, seen it as a hierarchical field. In Lomas de Zamora, recognition it is presented as a personal tie between people invested with the ability to give prestige and authority and those which look for consecration. Therefore it is possible to get advance in a perspective about processes of professionalization which could establish those conditions that define access,

¹ Este artículo es una reelaboración de los resultados contenidos en *Buenos Vecinos, Malos Políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires* (Frederic 2004) publicación a la que remito al lector para una comprensión global del proceso político, argumentos y análisis de las evidencias que lo fundamentan.

* Antropóloga Social (UBA), Ph.D en Antropología por la Universidad de Utrecht, Holanda. Es Profesora-investigadora Asociada de la UNQ, Investigadora Adjunta del CONICET y profesora del Doctorado en Antropología social de la UNSAM. Se ha especializado en el estudio etnográfico de las configuraciones profesionales y las moralidades de políticos, policías y militares.

belonging, or exclusion, among others, instead of teleological or normative views of it associated with “more specialization” or “more objectivation of common sense knowledge”.

Key words: Militancy – Recognition – Morality – Succession - Political professionalization.

Introducción: crecimiento político, evaluación moral y reconocimiento

Durante los años '90 la investigación etnográfica realizada me llevó a descubrir ciertos modos de evaluación del comportamiento político de carácter moral. Estos establecían si las personas actuaban conforme a buenas formas del *hacer política*² y, al mismo tiempo, dirimían el *crecimiento político* de aquellos en quienes recaían. El trabajo de campo realizado entre 1989 y 1992, en 1994 y luego entre 1997 y 1999 en el Municipio de Lomas de Zamora, me permitió apreciar un proceso de desvalorización de los *militantes políticos*, estimulado por el *Proyecto* político del Intendente, Juan Bruno Tavano, y la emergencia a instancias de éste, de una categoría relativamente nueva, moralmente superior, la *militancia social*. Estas evaluaciones morales se activaban en la búsqueda de reconocimiento de los seguidores por un portavoz. Así el reconocimiento de la persona, como *militante social* o *político* era una de las condiciones a instancias de las cuales se establecían y dirimían las disputas, competencias y reordenamientos de la jerarquía política. Este proceso de regulación política contribuía entonces a la profesionalización política en ese sitio.

Conceptualmente, no pensamos la profesionalización en términos normativos, como la especialización progresiva de sus agentes o la objetivación continua de los saberes que su ejercicio requiera. Contrariamente, buscamos identificar los mecanismos mediante los cuales se constituye efectivamente en términos procesuales, identificando los mecanismos de reclutamiento, de diferenciación, de jerarquización, de expulsión, así como la pertenencia y movilidad social que supone. Desde el punto de vista individual, el *crecimiento político* determinaba el movimiento que realizaba una persona de un punto a otro, mediante el cual objetivamente, se constituía la profesionalización.

“Rescatar esos miles de hombres y mujeres que constituían la *militancia social*” era, según el intendente Tavano, una misión primordial del *Proyecto*. A uno de los ex *militantes políticos* ganados para éste le había señalado: “Mirá Julián, si todos los militantes peronistas se metieran en la sociedad de fomento de su barrio, haríamos estragos”. El “rescate” de la *militancia social* asociada a las demandas y organizaciones vecinales, promovió una serie casi ilimitada de *reuniones* en los *Consejos de Organización de la Comunidad* (en adelante *COC*), jornadas y cursos de capacitación, como parte de las actividades implicadas por el *Proyecto Lomas* (en adelante el *Proyecto*) que buscaron instalar tal transformación.

Sin embargo, formalmente el proyecto de Tavano durante sus dos períodos como Intendente de Lomas de Zamora (1991-1995 y 1995-1999)³ buscó descentralizar la gestión mediante la participación de los vecinos en los *COC*. Aquella pretensión generó entre los militantes un doble movimiento, de un lado quienes esgrimirían formas solapadas y abiertas de rechazo al proyecto de transformación de la militancia y, del otro, quienes aceptarían las nuevas exigencias. Bajo la división oficial del trabajo político entre *militantes políticos* y *militantes sociales* y la paulatina segregación de los primeros, también surgieron nuevas oposiciones y valoraciones entre *militantes sociales*.

² El uso de las cursivas es para destacar las categorías de los actores, aquellas que describen el universo en cuestión y lo hacen inteligible.

³ Lomas de Zamora pertenece al primer cordón del Gran Buenos Aires, cuenta aproximadamente con 700.000 habitantes y linda al norte con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Mostraré aquí la tensión entre formas de valoración de la actuación en el campo político asociadas al menosprecio de la *militancia política* promovida por el *Proyecto* y la *militancia social* impuesta a través de él. En esta tensión los agentes dirimían la regulación del crecimiento político, al poner en juego el reconocimiento, un mecanismo que constituía el vínculo político por medio de la evaluación moral de las personas capaces de acceder a la política. En la política lomense el reconocimiento se presentaba como la relación personal entre un investido con el poder de consagrar prestigio y autoridad, y los buscadores de dicha consagración.

El concepto de reconocimiento ha sido ampliamente aplicado en antropología. Para entender su carácter en la vida política de Lomas, hay que atender especialmente a: el sentido relativo del espacio público y privado de los encuentros en el campo político, las posibilidades de expresión de valores masculinos y femeninos en ellos, y la oposición entre “quienes saben de proyectos” y “quienes pertenecen al barrio”. Me detendré sólo en el primero de los aspectos mencionados, para mostrar cómo se instituyeron y desplazaron categorías de la división del trabajo político⁴ como la de *militante social* y *militante político*, respectivamente, dirimiendo la profesionalización de los *políticos* y las luchas por la sucesión.

El reconocimiento como evaluación moral de la persona

Las perspectivas etnográficas que recuperan el concepto de reconocimiento social destacan el valor de la persona, antes que de los sistemas u organizaciones, en la vida política. Tanto el honor⁵ como la reputación⁶ o el carisma⁷ son expresiones particulares de las luchas de reconocimiento social.⁸ El reconocimiento de ciertas cualidades personales, fundadas en una serie de valores y condiciones sociales de expresión, instituye portavoces o líderes políticos, y lógicas de acumulación de prestigio así como de eufemización del poder.⁹ Aún cuando los juegos implícitos en el honor o la reputación, difieran de los del carisma, en cuanto a la inscripción de los primeros en eventos cotidianos y, del segundo, en situaciones extraordinarias¹⁰, el reconocimiento del líder y sus cualidades personales por sus seguidores es un denominador común. Se trata de la posesión de ciertas cualidades intransferibles que invisten de autoridad a quienes atraviesan la evaluación moral de su persona por parte de quienes se convierten en sus seguidores.¹¹

Habitualmente, los enfoques sobre el reconocimiento enfatizan el punto de vista de los seguidores de un candidato o líder, lo cual tiende a oscurecer el carácter recíproco de estas evaluaciones morales. Como veremos la investidura del dirigente depende, no sólo del

⁴ P. Bourdieu (2001) “A Representação Política: Elementos para uma teoria do campo político”, en: Bourdieu, P. *O Poder simbólico*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, p. 99.

⁵ Ver J. Pitt-Rivers (1965) “Honour and Social Status”, en: J. G. Peristiany (ed.), *Honour and Shame: The Values of Mediterranean Society*. London: Weidenfeld and Nicholson, pp. 19-79; D. Gilmore (1987) “Introduction: The Shame of Dishonor”, en: D. Gilmore, *Honour and Shame and the Unity of the Mediterranean*, American Anthropological Association, N° 22, p. 2-21; y J. Pitt-Rivers y J.G. Peristiany. (1992) “Introduction”, en: J. Pitt-Rivers y J. Peristiany (eds.), *Honour and grace in Anthropology*, Cambridge: Cambridge University Press, p. 1-17.

⁶ F. Bailey (1971) “Gifts and Poison”, en: F. Bailey (ed.) *Gifts and Poison: The Politics of Reputation*, Oxford: Basil Blackwell, p. 1-25; J. Scott (1986) *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press.

⁷ C. Geertz (1994) *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós; P. Bourdieu (2001), op. cit.

⁸ P. Bourdieu (1990) *The Logic of Practice*. Stanford: Stanford University Press.

⁹ P. Bourdieu (1991) *El sentido práctico*. Madrid: Taurus. p. 212.

¹⁰ P. Bourdieu (2001), op. cit. p. 191.

¹¹ D. Parkin (1985) “Introduction”, en: D. Parkin (ed.) *The Anthropology of Evi*, Oxford: Blackwell, p. 2.

reconocimiento personal logrado entre sus seguidores, en campañas callejeras¹², o entre otros candidatos¹³; también, del ejercicio del *reconocimiento* hacia los seguidores¹⁴.

Las evaluaciones morales que el líder realice de la persona de sus seguidores, moldean las cualidades necesarias para acceder al *crecimiento político*, e instituyen entre ellos identidades políticas y sociales. No sólo los líderes, dirigentes o candidatos son seleccionados por quienes son sus seguidores, también los seguidores se sienten seleccionados por los líderes. Sin la condición de reversibilidad del *reconocimiento*, no es posible comprender la dinámica de la sucesión política lomense y su capacidad para conferir, negar o subordinar identidades sociales y políticas.

El reconocimiento depende además de relaciones cara a cara y de la definición práctica de las situaciones como públicas o abiertas, privadas o cerradas, y de los valores de la persona esgrimidos allí. En términos nativos, del grado de apertura de un evento dependía su carácter “institucional” o inversamente su carácter “político”. Esta clasificación definía la valoración de la actuación y contribuía a dirimir las incongruencias entre: la clase de persona que los subordinados en el vínculo político desean ser, la clase de persona que los investidos con el poder de reconocer, reconocen; y la clase de persona que los primeros creen que los segundos reconocen. De manera que contrariamente a las visiones prescriptivas según las cuales el individuo-ciudadano inserto racionalmente en la política debería ser el protagonista por excelencia de la política moderna, el proceso analizado nos permite ver cómo la “persona” y sus cualidades morales protagonizan la vida política contemporánea¹⁵.

Las reuniones y el militante social

El *Proyecto* multiplicó las *reuniones* durante sus ocho años de duración (1991-1999), consagrándolas como el ámbito de sociabilidad de la *militancia social*. Por regla, las *reuniones* de los 53 *COC* en los que se dividió la ciudad de Lomas, se realizaban en los barrios correspondientes a cada Consejo. Sus integrantes eran *vecinos*, *representantes* de cada una de las *instituciones* que participaban del *COC*, tales como: juntas vecinales, sociedades de fomento barrial, clubes sociales y deportivos, y centros de jubilados. Cada año, sus miembros elegían la comisión directiva del *COC* integrada por un presidente, secretarios y vocales. En general, las *reuniones* se hacían semanalmente, pero su comisión directiva se reunía entre dos y tres veces por semana. También se llevaban a cabo *reuniones* en el Palacio Municipal entre funcionarios y coordinadores municipales de los *COC*. Entre todas sumaban un centenar de reuniones semanales, que involucraban cerca de unas ochocientas personas. Estas *reuniones* eran consideradas públicas y abiertas, porque podía participar quien quisiera y se podía acceder a la información de lo que allí sucedía.

¹² G. Scotto (2003) “Campaña callejera: candidatos y biografías”; en: F. Balbi y A. Rosato (eds) *Representaciones sociales y procesos políticos: estudios desde la antropología social*, Buenos Aires: Antropofagia-IDES, Centro de Antropología Social, p. 81.

¹³ B. Heredia (2003) “Conflictos y desafíos: luchas en el interior de la facción política”, Balbi, F y A. Rosato (eds.), op. cit., p. 58.

¹⁴ Ana Rosato esbozó un sentido semejante al que aquí destaco, al dar cuenta de cómo el reconocimiento que se otorga a los militantes es acumulado como capital político y traducido en su participación de las discusiones en las cuales los líderes confeccionan las listas de candidatos a elecciones (p. 76, 2003). Podemos apreciar la reversibilidad del reconocimiento, que actúa no sólo en la selección del líder, sino en la selección de seguidores.

¹⁵ A. Ong (1999) “Clash of Civilizations or Asian Liberalism? An Anthropology of the State and Citizenship”, en: H. Moore (ed.) *Anthropological Theory Today*, Cambridge: Polity Press, p. 58. Carla Texeira también discute este sentido del individuo-ciudadano demostrando cómo interviene su vida privada en la performance pública de un político. Ver: C. C. Texeira (1998). *A honra da política*. Rio de Janeiro: Relume-Dumará.

Los vecinos, *representantes* de cada institución vecinal, participaban de las *reuniones* donde los funcionarios de la Secretaría de Promoción de la Comunidad a cargo del *Proyecto*, promovían la *militancia social*. Estas excluían la presencia de autoridades municipales. Precisamente, el *coordinador*, un agente municipal asalariado, encarnaba la presencia de la autoridad municipal en las *reuniones* del COC, pero como su negación. Desde una posición que se pretendía neutra y despolitizada, se encargaba de arbitrar el proceso de *promoción* de la *militancia social*. El término “coordinar” buscaba excluir cualquier connotación de poder. No había coerción, ni autoridad, ni delegación, ni tampoco representación, sino la negación de todos estos atributos. El *coordinador* era un mediador que debía dejar que los valores de los vecinos emergieran sin “bajar línea”, sin imposiciones, ni interferencias. Para las autoridades del *Proyecto* el *coordinador* era una pieza crucial. Era entrenado para garantizar *reuniones abiertas* donde todos participaran en un plano horizontal, simétrico e igualitario. Estas condiciones parecían asegurar la institución del reconocimiento de los *militantes sociales* por sus *vecinos*, porque “coordinar” significaba suspender toda pretensión de destacarse políticamente - pretensión descalificada por el *Proyecto* pues era juzgada como la expresión de intereses personales por ascender en la jerarquía política-.

Para Alicia, la funcionaria municipal que dirigía a los *coordinadores*, el problema del *Proyecto* era no haber podido seleccionarlos. La mayoría decía “eran viejos militantes políticos llenos de vicios y mañas”. Encontraba serias dificultades para hacerles comprender cómo promover la *militancia social*. Según ella, el “cuerpo de coordinadores” era un “rejunte” y no un verdadero “cuerpo de elite” con uniformidad de méritos, capacidades y habilidades para la *promoción de organizaciones comunitarias*. Para ser *coordinador*, decía, era necesario tener “vocación de servicio”, en tanto la peor de las cualidades era la “intencionalidad política”. En su opinión, quienes más se acercaban al “perfil del coordinador” eran las licenciadas en Trabajo Social pero no contaba con ninguna, sólo con jóvenes estudiantes universitarios. El clivaje principal entre los *coordinadores* diferenciaba a “viejos” de “jóvenes”, clasificación que no dependía tanto de la edad, sino del estilo de “hacer política”. La prohibición de actuar como *coordinadores* en su propio barrio era uno de los antidotos contra la búsqueda de reconocimiento, aunque no era suficiente. Dos veces por semana Alicia se reunía con los *coordinadores* en el Palacio Municipal y dos o tres veces por año se realizaban Jornadas de Capacitación. Los *coordinadores* informaban los resultados de sus *reuniones*. Cuando alguno tenía algún problema en su Consejo, lo conversaba con ella en reuniones privadas. Tales problemas eran “internas políticas” con *vecinos* que querían “usar los Consejos para hacer política”. Alicia, se reconocía como técnica, no estaba investida por Tavano con el poder de reconocer políticamente a los *coordinadores*. Esas *reuniones* no eran sitios para destacarse en política, tal vez por eso no suscitaban ni fervor, ni entusiasmo.

Tales contextos no dejaban de indicarles a las personas involucradas que la experiencia de *militantes políticos* era inapropiada. El valor principal que sustentaba el reconocimiento de los *coordinadores* era la evitación de conflictos políticos producidos por las pretensiones y luchas desatadas para ser reconocidos. De manera que los *coordinadores* sí eran un cuerpo ejemplar, uno creado para mostrar a los demás militantes que el sentido de la militancia no era político. El escenario de las *reuniones* en los *Consejos* barriales coartó las posibilidades de relación personal entre militantes e investidos capaces de habilitar el *crecimiento político*, contribuyendo a negar los intereses políticos del *coordinador* para promover el reconocimiento horizontal entre vecinos.

La conversión de los *militantes políticos*

En 1989, la fórmula Menem-Duhalde instaló al peronismo nuevamente en el gobierno nacional. Dos años después, Duhalde, el político lomense con mayor trascendencia nacional, dejó la vicepresidencia para asumir como gobernador de la provincia de Buenos Aires y alimentar las esperanzas de *crecimiento político* de los militantes locales. A mediados de los años '90, ya resonaba la candidatura de Duhalde a la presidencia de la nación y era sabido que el intendente Tavano era su aliado incondicional. Lomas era imaginada como un refugio apacible y de oportunidades para los peronistas, teniendo en cuenta las posibilidades electorales de Duhalde y el rechazo que las políticas de Menem suscitaron entre muchos partidarios del peronismo. Sin embargo, la decisión del intendente Tavano de gobernar mediante el *Proyecto* introdujo nuevas complejidades a la competencia política que algunos aceptaron, mientras que otros resistieron quedándose o yéndose de la política.

Muchos de los que optaron por el camino propiciado por las autoridades y cerraron las unidades básicas para abrir instituciones vecinales que luego formarían parte de los COC, no buscaban cambiar la forma de “hacer política”, sino preservarse a sí mismos. Creían que en las *instituciones* podrían hacer lo mismo con otro nombre. Otros se quedaron por convicción, porque vieron en el *Proyecto* y la *militancia social* que propiciaba, los valores de los '70. Como Pedro, un ex guerrillero peronista convertido en *coordinador*, que justificaba su adhesión, destacando la reivindicación en el *Proyecto* de ideales del '70 como: el compromiso con la gente, lo espiritual y humanitario de la sensibilidad social, opuesto al cálculo frío de lo material. Participar activamente del *Proyecto* significaba, en este caso, realizar los ideales de los '70 por vías pacíficas. El veía en la *militancia social* rasgos de la *militancia política* de antaño

Tal disparidad de elecciones provocadas por un mismo *Proyecto* político no sólo da cuenta de su ambigüedad; también permite apreciar cómo las diversas justificaciones convergen en una misma pretensión: no alterar una cierta “esencia” de la persona inscrita en la actuación política. La política como campo de actividad y de sentido garantizaba alguna noción de persona que para los agentes involucrados era imprescindible preservar. La defensa de una suerte de “esencia” de la persona no significa que no hubiera lugar a ambigüedades, negociaciones o conflicto entre valores de la persona, sino que las evaluaciones como las mencionadas por Pedro enfatizaban la asociación entre su persona, ciertos valores morales y hacer política. Las evaluaciones morales bajo la forma de justificaciones y explicaciones de las adhesiones al *Proyecto*, asignaban valor y cualidades a las personas y definían su aptitud para participar en política.

Esas justificaciones no necesariamente mantuvieron inalterable la “esencia” en cuestión, más bien fueron activos instrumentos de alteración del “hacer política”, al intentar conciliar lo que cada quien pretendía ser, haciendo política, con las cualidades personales que los políticos consagrados estaban dispuestos a reconocer. Así, aun pretendiendo sostener cualidades esenciales, las justificaciones transformaban imperceptiblemente a la persona en esta lógica del reconocimiento político entre consagrados o investidos y seguidores.

Hacia fines de los '90, el director de Adoctrinamiento de la sede local del Partido Peronista lamentaba que la *militancia política* junto con su escenario tradicional, las unidades básicas peronistas, hubieran desaparecido de Lomas. Para él, con 70 años de edad, el *Proyecto* había provocado esa desaparición: “La política no puede pasar por las instituciones –decía– debe hacerlo por las unidades básicas. En las *instituciones* no se hace política; está prohibido por ordenanza”. En las Unidades Básicas, distribuidas en los barrios, se realizaba tanto el trabajo de campaña electoral como el de distribución de ropa, alimentos, medicamentos, etc., el *trabajo social* y el *trabajo político* iban de la mano del “militante político”, decía el director. Como la ordenanza de creación de los Consejos restringía la participación de los *militantes políticos* a dos por barrio designados por cada partido político, para participar en ellos los militantes tuvieron que crear *instituciones*.

Espacios de la conversión

La conversión de los *militantes políticos* en *militantes sociales* no fue un proceso acabado, ni uniforme. Tuvo marchas y contramarchas, fue resistido, contestado, pero también reproducido. La lógica de este proceso estuvo marcada por la manera en que los agentes flexibilizaban los límites entre lo público y lo privado impuestos por el *Proyecto* y por las posibilidades que los valores asociados al género, tenían de expresarse y ser reconocidos por las autoridades políticas¹⁶.

El *Proyecto* era un proyecto para que hombres y mujeres desarrollaran sus habilidades *institucionales* como *militantes sociales*. La virtud personal residía, en este caso, en la capacidad para manejar los procedimientos preestablecidos y mantener el funcionamiento del *Consejo* “priorizando y canalizando las necesidades de los vecinos”. Los hombres contaban con la posibilidad de conducir el *COC* de su barrio, pero esto no les permitiría obtener el *reconocimiento político*, de políticos como Tavano. Cualquier demostración de potencia, eminentemente masculina, era rechazada por las autoridades del *Proyecto* a favor de un comportamiento *institucional*. Contrariamente, el *reconocimiento social* era el mecanismo disponible de evaluación personal de los *militantes sociales* y su repertorio tenía una modalidad y un escenario que aunque público, ante la escasa presencia de vecinos y la ausencia de las autoridades municipales, era casi privado.

El *reconocimiento* a la *militancia política* parecía, en cambio, depender de ámbitos públicos. Exigía la demostración pública de capacidades y posibilidades de desafiar al investido. Las *reuniones* eran, desde este punto de vista, espacios privatizados donde la emergencia del desafío no tenía asidero, pues no había investido que pudiera reconocer virtudes políticas. Cuando las *reuniones* eran *abiertas* y un jefe político estaba presente, entonces el desafío al poder tenía cierto asidero. Como veremos, cada tanto, hombres y mujeres manipulaban la frontera de la privatización y desafiaban las formas del *reconocimiento* establecidas.

El homenaje para rescatar la *militancia política peronista*

Según sus organizadores, este homenaje estaba destinado a “rescatar la militancia política”, expresando un solapamiento entre *militancia social* y *militancia política*, la apelación a la relación entre establecidos y desplazados urbanos, y su inscripción en los parámetros establecidos por el *Proyecto* durante los '90. La ceremonia se realizó en mayo de 1999, a menos de seis meses de las elecciones municipales, provinciales y nacionales, en un nuevo parador de la línea de ferrocarril Sarmiento donde habitan los desplazados o *villeros*, en Lomas de Zamora. Sus organizadores lo llamaron “Apeadero Intendente Turner”, en reconocimiento a su trayectoria como *militante político*.

Durante ocho meses, Luis y Ricardo realizaron *reuniones* para ajustar todos los detalles de la ceremonia: el consentimiento de la viuda de Turner, la autorización de la Empresa Trenes Metropolitanos y el apoyo de las autoridades municipales. El secretario de Promoción de la Comunidad, a cargo de quien estaba el Proyecto de los COC, apoyó la iniciativa prestándole a Luis una oficina, el

¹⁶ En la Provincia de Buenos Aires, jurisdicción a la que pertenece Lomas de Zamora, lo femenino estuvo asociado a un reconocimiento social público que permitía a las mujeres valorar su presencia desde su actuación en lo social. Esta valoración estaba concentrada en el Plan Vida, una política social alimentaria orientada a las madres con hijos menores de seis años. La distribución estaba a cargo de las “trabajadoras vecinales”, más conocidas como manzaneras, que repartían diariamente el alimento entre otras vecinas del barrio. Por definición eran mujeres que trabajaban voluntariamente sin retribución salarial alguna, su retribución principal era el prestigio social –por oposición al político. Ver L. Masson (2004) *La política en femenino: género y poder en la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia/IDES.

teléfono, algunas fotocopias y un lugar de referencia. A pesar del apoyo recibido, los organizadores sostendrían que el *Proyecto* había propiciado su extinción como *militantes políticos*.

...con el Proyecto –sostenía Luis y ratificaba Ricardo–, quisieron desplazar a los militantes políticos, prohibiendo su participación en los *Consejos*, salvo con la expresa designación del Consejo del Partido, y de no más que uno por *Consejo*. El problema –decía Luis– es que la militancia social no existe sin concepto político... No se puede convertir todo en ‘trabajo social’, en fomentismo. La idea de fundar una militancia social fomentista es lógica en otro contexto, en épocas en las que no estaba permitido militar abiertamente. Nosotros también hicimos política desde una sociedad de fomento u otra institución, porque la política estaba prohibida. Pero ahora, cómo es, ahora que sí se puede hacer política, las autoridades hacen lo que hacíamos en la dictadura. Entonces los que ahora se creen políticos, los que nosotros llamamos ‘políticos light’, los políticos nuevos de los ‘90 piensan que vienen de un huevo, que antes de ellos no había nadie, que no hay historia, ni nada. Y, nosotros, lo que decimos es que sí hay una historia, que ellos son parte de un proceso, igual que nosotros. Los nuevos militantes lo desconocen... Y, nosotros, con esto del homenaje, estamos fuera de control, porque a nosotros no nos pagan. Ahora andan diciendo que tenemos una lista de corruptos, que vamos a difundir. Es que nos tienen miedo porque estamos fuera de control, y no vamos a canjear el homenaje por un cargo político.

Ricardo, era uno de los pobladores que habían participado de la lucha por la sanción de la primer Ley de Expropiación de Tierras, a mediados de la década del ‘70 en Budge. En esto continuaba trabajando. Tenía 53 años y era el único empleado de la Casa de Tierras del barrio. Luis vivía en Villa Lamadrid desde 1983 y, como otros militantes, había permanecido oculto durante la última dictadura. Se identificaba como un *militante político* de larga trayectoria. Había comenzado como sindicalista metalúrgico en los ‘70 hasta que fue perseguido por la dictadura. Él sentía que le debía la vida a otros compañeros que, por no delatarlo, le dieron tiempo para escapar, y que ya no estaban; en fin, a quienes no lo habían traicionado.

Los invitados al homenaje, *militantes políticos* compañeros de los ‘70, iban llegando al lugar fundiéndose en prolongados y sentidos abrazos, algunos entre lágrimas. En total unas cien personas participaron de la ceremonia en la que se descubrió una placa que decía:

“Intendente Pedro Pablo Turner compañero peronista muerto por la dictadura 1976– 16 de mayo –1999. Fuego que nace del alma y enciende el corazón. Sueño del pueblo humilde desde la historia proclama patria grande y libre, y sueña liberación. Comisión de homenaje”.

El locutor abrió el acto afirmando “A partir de hoy esta estación del ferrocarril, sita en... y entre los barrios Villa Lamadrid y Juan Manuel de Rosas, se llama intendente Pedro Pablo Turner”. Luego mostró la relación entre el lugar del homenaje y el homenajeado: “¿Quién fue? Nació en el Chaco, era un profundo luchador social, luchó por la expropiación de las tierras de Budge, junto a la iglesia. El

pueblo donde vivió, lo adoptó, y por ende Cuartel Noveno”. Turner había sido el único intendente residente en Budge pero además su vida era una historia ejemplar de trayectoria militante que querían destacar. Así el locutor oficial continuó:

Desde muy joven, fue militante peronista, militante del gremio gráfico... Tuvo activa participación en el retorno del general Perón... Fue integrante de las agrupaciones peronistas de Cuartel Noveno y fue concejal electo en 1973 y presidente del Honorable Concejo Deliberante junto al vicepresidente del mismo cuerpo Eduardo Duhalde... Fue intendente del distrito de Lomas. Perseguido y muerto en su provincia natal, según certificado de defunción del 16 de mayo de 1976... Su único delito fue ser militante peronista.

Como señaló Ricardo durante su discurso, el homenaje intentaba reconocer la *militancia política*.

Queríamos reconocer a los militantes que estaban bajoneados pues no sólo no tenían dinero, tampoco habían sido reconocidos por su lucha. Pero esa reivindicación debía ser oficial... queríamos hacer algo oficial, algo que sea de la estructura.

Los organizadores sabían muy bien que el punto de vista oficial sobre la cuestión era distinto, pero necesitaban que el reconocimiento viniera de las autoridades. El homenaje objetaba a las autoridades locales por su “abandono” de la *militancia política* peronista. Frente a la perspectiva oficial, los organizadores negociaban un reconocimiento a *militantes políticos* que, “como el negro Turner”, sabían que el “trabajo de organización social” era parte de la *militancia política*.

La diferenciación de una esfera social, otra institucional y por último una política, no regía antes del *Proyecto*, sino la mezcla y superposición a través de la cual, buscaban su reconocimiento para acceder a la sucesión.

De aquel modo, el homenaje intentaba detener esa devaluación de la *militancia política* que estaba muy en relación con la lucha a favor de los villeros, los desplazados de la ciudad. De ahí la demanda de reconocimiento oficial, la insistencia de que las autoridades estuviesen presentes y avalaran el homenaje. Esta era su manera de relocalizar la periferia y los *villeros*, en el centro político, el cual había sido ocupado por los *vecinos* organizados en los COC de los barrios. Al mismo tiempo, mostraba que no concebían la *militancia social* sin *militancia política*, a menos que esta última se volviera una actividad privada hasta incluso, para algunos, clandestina.

Por ello, este homenaje no se trataba de la vuelta a la *militancia política* de antes, sino un medio negociado de hablar de ella en el nuevo escenario, donde el *reconocimiento político* oficial era imprescindible. Reconocimiento que debía ser ganado en nombre de la lucha por los *vecinos* desplazados – antes los *villeros* – más que por los *vecinos* a secas como nominaba el *Proyecto* disolviendo la desigualdad social y política por la que, históricamente, la lucha había adquirido sentido para Ricardo y Luis. Rescatar la *militancia política* significaba entonces fusionar el *trabajo social* en el *trabajo político*, instalando una forma de la división del trabajo político que reconfigurara la comunidad de referencia de un modo distinto al esgrimido en los '70.

Reconocimiento y sucesión política

El reconocimiento es una dimensión crucial del proceso político. Comprende la negociación entre evaluaciones morales de la persona que definen la división del trabajo político y, con ello, la sucesión del poder. Justamente esas distinciones entre las clases social, institucional o política del reconocimiento muestran que se trata de una máquina procesadora de diferencias que define quiénes y cómo pueden incorporarse a la actividad política. El reconocimiento político presupone una posición de preeminencia y otra de subordinación, pero fundamentalmente la posibilidad de una movilidad ascendente. La frontera instalada por el *Proyecto* entre el reconocimiento “político” y “social”, o entre “militancia política” y “militancia social”, trazó un límite entre políticos y no-políticos aparentemente imposible de atravesar. El reconocimiento social no se traducía en reconocimiento político, cerraba el acceso al crecimiento y la sucesión política de las personas así reconocidas.

El *reconocimiento social* se volvió un mecanismo jerarquizador sin movilidad ascendente, la negación de la integración al campo de la política. La *militancia política*, como crecimiento político, se desvalorizó tanto que acabó siendo una actividad privada y altamente selecta, fundamentalmente negada a los desplazados de la periferia. Con el *Proyecto* era posible para los políticos consagrados, fortalecer su investidura, interrumpiendo el *crecimiento político* de algunos, motivándolos a perseguir valores que no los llevarían a competir por el poder estatal. Esto dio lugar a una suerte de doble moral asentada, de una parte, en la progresiva identificación de interés político con interés particular, y de la otra del interés social con el interés no político. Las formas de resistencia y desafío, son evidencia de cómo el núcleo de las tensiones que el *Proyecto* produjo se alojaron en la evaluación moral de la persona política.

Ya a finales de la década del '90, en 1999 el homenaje analizado, expresaba la ubicuidad del reconocimiento como mecanismo y las tensiones entre formas morales e inmorales de la militancia. Asimismo mostraba la vía mediante la cual, quienes conocían ambas formas, buscaban reivindicarse como militantes políticos y ser reconocidos como tales, en la búsqueda de la integración del trabajo social y político no tanto por los vecinos sino por los más desfavorecidos de la ciudad, los villeros.

Finalmente, y a la luz de los procesos más recientes cabe preguntarnos de qué manera los resultados de esta investigación nos permiten comprender los mecanismos mediante los cuales se dirime hoy el ascenso y ocaso de los dirigentes, o el acceso y permanencia de los militantes, así como la valoración o devaluación de ciertas formas de la militancia política. En la actualidad parece haberse revertido aquel proceso de devaluación de la militancia política que dominaba el período en el cual realicé la investigación. La muerte del ex presidente Néstor Kirchner puso de relieve ante la opinión pública su intervención a favor de la valorización de la *militancia política* y, sobre todo, del lugar de la juventud en ella, menoscabada durante el menemismo. Con el objeto de poner en relación analítica e histórica ambos fenómenos, el estudiado y el actual, cabría hacerse la pregunta por el sentido de la *militancia política* que hoy cobra valor, y los mecanismos de regulación del *crecimiento político*: cómo se hace para entrar, permanecer y ser promovido; así como su relación con otras lógicas militantes aún vigentes, particularmente la de la *militancia social*, emergente durante el período estudiado.